



Por FRANCISCO LOZANO
DÍAZ-PORTALES

SAN BLAS: un problema educativo ¿o social?

Es demasiado triste aceptar sin más que un colegio se cierre, pero aún más que se produzca por los motivos que concurren en el C.P. San Blas. No es lo mismo un traslado o una reconversión por adaptación que un cierre por aniquilación.

El colegio se viene cerrando desde hace ya muchos años, porque ha venido siendo repudiado socialmente, olvidado institucionalmente y estigmatizado por su entorno residual.

No convence el argumento de: "Si las familias no quieren llevar a sus hijos, habrá que cerrar". El razonamiento es tan simple, cuando analizas los hechos en todas sus vertientes y son tantas las circunstancias que concurren, que obliga a pensar en la necesidad de **analizar con mayor profundidad las causas que lo producen y las consecuencias que aparece**. No considero una actitud responsable consolarse con palabras, cuando la realidad parece ir por otros derroteros muy distintos. Necesitamos una respuesta clara a todas esas preguntas que nos planteaba Bernardo Fdez.-Pacheco en su artículo "Discriminación". Y, si "la historia es la maestra de la vida", necesitamos también conocer la historia y a sus protagonistas para aprender la lección.

Si el hecho no produce preocupación colectiva, es por sí mismo significativo de lo preocupante que se torna dicha colectividad. Si, además, su desaparición produce efectos de solución (sedación) en determinados gru-

pos sociales, la gravedad de la situación puede hacernos pensar que nos encontramos ante un síntoma inequívoco de marginación social. Con lo cual el problema se trasciende lo puramente educativo y se convierte en un problema social: O, si se prefiere, estamos ante un problema social que ha venido generado en parte por una línea educativa insolidaria, desintegradora y descompensadora de esa misma sociedad. Ambas visiones se implican y se complementan.

Una versión simplista de los hechos podría inducirnos a creer que "muerto el perro, se acabó la rabia" o que "aquí paz y después gloria". No dejaría de ser un consuelo efímero y, por efímero, deformador de la realidad, propensa a rebrotar con más fuerza en parecidas o similares circunstancias.

Son muchas las dimensiones que se deberían analizar o, mejor, muchos los aspectos sobre los que tendríamos que reflexionar. Por mi parte, me gustaría resaltar simplemente dos:

1. Es relativamente fácil cerrar un centro. Lo difícil es abrirlo. Manzanares pierde un foco de irradiación educativa, aunque aparentemente los chavales sean absorbidos y atendidos por otros centros. El hecho puede parecer intranscendente, pero las consecuencias pueden ser graves, sobre todo si nos remontamos a las causas que lo han generado. Porque aquí lo serio no es tanto el cierre físico, cuanto la expresión del fracaso social que ha puesto en evidencia la incomuni-

cación y la insolidaridad de "los intocables", como muy bien ha señalado Ana Rosa Ordóñez en el último número de Siembra. El análisis histórico-social que hace de las causas remotas me parece impecable; ahora necesitamos conocer las causas inmediatas que han favorecido su pleno desarrollo.

Mucho más representativo, en este caso del fracaso del sistema escolar, si, ante la necesidad de nuevas aulas, se crearan en la enseñanza privada o se ampliaran las "ratio" hasta límites irracionales. Lo que demostraría que no es un problema latente, sino abiertamente defendido por determinados sectores e indirectamente potenciado por la Administración Pública.

2. Manzanares pierde la asistencia de once profesionales de la enseñanza que, al margen de su problema personal y laboral (no dejo de abordarlo por considerarlo menos serio, sino porque tienen entidad suficiente para estudiarlo aparte), representa la merma de un capital profesional y humano, que simboliza, en parte, la descapitalización social de la ciudadanía manzanareña y la pérdida de posibilidades en la función pública docente. Esto vendría a añadirse a la ya precaria situación que padece Manzanares en medios formativos y nos haría aún más inalcanzable la calidad de la enseñanza.

La repercusión es grave y, aunque no nos demos cuenta, las consecuencias a corto y largo plazo resultan mucho más perjudiciales de lo que aparentan. Por un lado se aísla a un sector de la población y se le obliga a "emigrar" por no sentirse aceptado y con los mismos derechos que el resto de la ciudadanía. Por otro, se nos priva de una asistencia profesional muy apreciable.

Si hubiera que preguntar: ¿Quién cierra el Colegio de S. Blas? La respuesta inmediata es Manzanares. ¿Quién ha permitido que esto suceda? Los ciudadanos. ¿Quién se va a perjudicar más de esta situación? La sociedad manzanareña. ¿Qué se puede hacer a estas alturas? Tomar buena nota de los hechos y enfrentamientos a sus causas y desenmascarar a sus agentes para evitar que el cáncer siga ganando terreno.